

3º Premio Concurso de relato breve “Mariluz Fernández”
IES El Escorial, 2015



SON BEKHEIR

Abraham Vicente-Ruiz Aguilar (1º Bachillerato.)

Por primera vez, algo empezaba a marchar bien.

Estudí los planos.

Desde que llegué a aquí, todos mis conocimientos sobre la robótica, ingeniería aeronáutica y otros campos no menos interesantes parecían haberse alejado de mí, sin tratar de volver siquiera; pero ahora toda esta suspensión parecía volver a la normalidad, como si nada de lo anterior hubiese ocurrido.

Sin embargo, parecía que algo nuevo se había instalado junto a mis grandes conocimientos, y que ahora ocupaba un lugar privilegiado en mi cabeza. Y no solo eso: además, como si le hubiese gustado aquel paraje bien amueblado, me atormentaba por dentro, impidiendo concentrarme en lo que de verdad más me importaba ahora, el funcionamiento del mayor invento que jamás ha visto el ser humano. Aquella nueva aflicción se llamaba prejuicio. Prejuicio, quizá, por no haber hecho algo en su debido tiempo, y que ahora retornaba en mí produciéndome un gran pesar.

Pero deseché todos aquellos vagos pensamientos inmediatamente para centrarme en la adquisición del saber que me permitiría volver a construir Son Bekheir, prescindiendo de los planos que explicaban el cómo y el porqué de su actividad.

El robot era fantástico. Maravillado, lo contemplé mientras se dirigía a mí en una de sus rutinarias visitas para hacer alarde de las cuatro lenguas en las que se podía comunicar sin problemas, mientras yo vagaba cuando extrapolaba del español al persa.

A simple vista, Son Bekheir parecía uno de esos aspiradores autómatas del siglo XXI, que si se topaban con un obstáculo en su camino, inmediatamente se detenían y continuaban en otra dirección, si bien no daban marcha atrás en dirección contraria.

Nada más lejos de la realidad, pues Son Bekheir no tenía las mismas limitaciones que podía tener uno de esos inútiles aspiradores: en realidad, Son Bekheir no tenía ninguna limitación. Pero, al mismo tiempo poseía, además de los cuatro idiomas —que ya es bastante—, la increíble

3º Premio Concurso de relato breve “Mariluz Fernández” IES El Escorial, 2015

capacidad de estudiar el universo y desvelar sus misterios, intentando averiguar si la “armonía matemática” del universo puede traducirse en un sistema de códigos binarios.

Y parece que, a pasos de un titán, nuestra increíble creación progresaba. El robot enviaba todos sus descubrimientos a nuestros dispositivos móviles gracias a la comunicación mediante rayos infrarrojos; desde que empezamos la semana pasada, su continuo deambular por el apartamento dejó tras de sí una incesante variedad de información que mi móvil se resistía a almacenar, por lo que no me quedó más remedio que aumentar su espacio al siguiente día del experimento.

Por eso, cuando sonó mi móvil con aquel tono tan habitual para mis oídos, una sonrisa iluminó mi pálido y fatigado rostro, preguntándome qué sería lo que habría descubierto esta vez Son Bekheir.

Hasta que comprobé de qué se trataba.

No era Son Bekheir esta vez, sino Bahar. Me había hecho una llamada perdida, como siempre hacía cuando quería comunicarse conmigo. Cuando la llamé, su dulce voz ahora parecía asustada y confundida:

—Álvaro, tienes que salir del apartamento. Nos buscan.

—¿Qué...? —mis pulsaciones empezaron a enloquecer.

—¡Rápido, no hay tiempo! ¡Tenemos que salir de aquí cuanto antes!

Sabía que este momento llegaría. Sin pedir más explicaciones, colgué a Bahar y me dispuse a buscar a Son Bekheir.

El coche estaba aparcado en medio de la carretera, y en su interior observé a una Bahar preocupada que no quitaba ojo a mi esbelta figura. Cuando me hube acercado lo suficiente al vehículo, Bahar encendió el motor, lo que hizo que me diera aún más prisa; una vez dentro, pude comprobar horrorizado que el ambiente que se respiraba no era el más apropiado para mantener una conversación animada. Ni siquiera sabía cómo comenzar la conversación. Pero para mi sorpresa no fui yo el que la empecé, pues no hizo falta. Bahar, penetrando en mi cerebro con su mirada, parecía como si quisiese sacar todos los pensamientos que me ofuscaban:

—¿Traes a Son Bekheir?

Su mirada y todo su rostro ya no me parecieron tan abrumadores cuando saqué de mi chaquetón negro al robot y lo colocaba encima del salpicadero. No comprobó su estado directamente, pues solo con su mirada bastó. Así que pisó el acelerador en dirección a ninguna parte.

Mientras conducía, fue haciéndome algunas preguntas acerca del robot: novedades, más que nada. Yo le respondí lo mejor que pude, intentando ser lo más acertado posible. Mientras, ella asentía, al mismo tiempo que dirigía su mirada a la carretera, si bien podía llamarse así, pues aquello no era más que un camino entre una gran multitud de mercados a su alrededor, y con estos las correspondientes personas que los visitan y acuden a ellos, más que nada para regatear y encontrar el mejor precio; así que nos fue difícil recorrer aquellas calles exóticas del mundo árabe.

Algunas de estas personas se quedaban fijas observándonos, al mismo tiempo que yo intentaba poner cara a cada uno de los rostros de las mujeres próximas a nosotros, envueltas todas ellas en inmensos burkas. Todos ellos se quedaban inmersos en nosotros por el mero hecho de que una mujer pudiera estar conduciendo un vehículo, y en menor medida, por la alta gama del coche. Pero aquellos detalles parecían pasar desapercibidos por mi compañera sentimental, quien lanzaba preguntas retóricas al aire, como si fuera yo el que pudiese responderlas.

3º Premio Concurso de relato breve “Mariluz Fernández”
IES El Escorial, 2015

Bahar era fantástica: aquella chica me había fascinado en todos los aspectos. Quienquiera que fuese la había dotado de un intelecto sobrenatural, algo que no se había visto jamás en la humanidad. Además, poseía un nivel moral que muchos hombres hubiesen querido desear. Pero lo que más me sorprendió de aquella chica iraní fue su fuerza para levantarse tras los grandes obstáculos que la impidieron, en un pasado no muy lejano, ser feliz. Una sonrisa suya era capaz de derribar grandes muros y, obviamente, de arrebatarme mi corazón.

Ella fue la que ideó el nombre tan misterioso del robot, que en cierta forma le otorgaba el aspecto con el que lo conocemos ahora. Son Bekheir es un saludo iraní, pero al mismo tiempo es una metáfora de la nueva era tecno-robótica que estábamos sufriendo por aquel entonces.

Pero todos mis pensamientos se esfumaron de repente, como si de humo se tratasen, por culpa de un volantazo de Bahar. Al mirarla, presentí que algo iba mal. Ella, sin decir palabra alguna, aumentó la velocidad a la que circulaba. El paisaje era el mismo, a excepción de que a lo lejos se podía divisar el centro financiero de Teherán.

—Álvaro... Ha habido algo que no te he contado.

Giré mi cuello en dirección a su rostro. No hizo falta saber que no me gustaban aquellos descuidos suyos.

—Verás... El robot, Son Bekheir, realiza más cosas. Yo... incorporé algunas actualizaciones, y, bueno...

—¿Que has hecho qué...?

Bahar suspiró hondo.

—Son Bekheir también puede hacer codificable el lenguaje del mundo extraterrestre en números binarios.

No me lo podía creer.

—¿Y se puede saber qué es lo que dicen?

—Bueno...en temas de la religión, no entienden que el hombre ni ningún ser del cosmos tengan una dimensión transcendental, sino que la muerte forma parte de la evolución del cosmos, al igual que los astros o los animales —su cara se iluminó de repente—. ¿Te imaginas, Álvaro? ¡Hemos logrado averiguar una parte de la investigación!

Ya me imaginaba la cara de nuestros colegas de la profesión cuando escucharan aquello. Bahar tendría que darme algunas explicaciones, pero al fin y al cabo, el proyecto estaba terminado: el robot ha conseguido lo que ninguna otra máquina ni ser humano antes había hecho, incluso habría algo más que no sabía.

Aunque ya nada de esto podía hacerse realidad, pues un vehículo de enormes dimensiones impactó contra nosotros, haciéndome perder la conciencia.

Un español con un fuerte acento americano me hizo despertar de mis ensoñaciones.

—Así que tú eres al que tanto buscan...

Cuando por fin conseguí despertarme, un hombre rubio estaba sentado delante de mí, esperando a que reaccionara de una vez por todas. Una placa de la CIA brillaba en su traje de policía.

—¿Tú has hecho esto? —preguntó, señalando a Son Bekheir, que ahora estaba en sus manos.

—No lo toques... —le advertí, aunque mi voz sonaba poco aterradora en aquel momento.

3º Premio Concurso de relato breve “Mariluz Fernández”
IES El Escorial, 2015

El americano rio, dándole brillo a nuestro máspreciado robot. Ahora su risa cambió a un tono más severo:

—¿Por qué trabajas para el Centro de Investigación de Teherán? ¿No sabes que somos los estadounidenses los que conquistaremos la robótica, al igual que hicimos con la Luna? —se acercó a mí—. Tu gran trabajo estará recompensado si te pasas a nuestro lado.

Dudé un momento, meditando sus palabras.

—Yo... mi voz sonaba ahora entrecortada—. Lo siento, pero no puedo aceptar vuestra proposición. Me quedo en Teherán.

El hombretón, sin dejar de mirarme, frunció el ceño. A continuación, se levantó y dio unos pasos hacia adelante y hacia atrás. Con mi mirada clavada en él, me abalancé sobre Son Bekheir y lo agarré tan fuerte como pude, sintiéndolo en mi pecho, acelerado a causa de la adrenalina.

Todo lo siguiente pasó muy rápido. Aquel hombre corrió hacia mí y me agarró por el cuello, con lo que no pude hacer otra cosa más que aguantar mi respiración y pedir que aquello terminase cuanto antes. Son Bekheir se resistía en mi chaquetón, aunque no aguantaría mucho más. Y cuando la situación parecía que no podía complicarse más, el americano me lanzó su ultimátum:

—Únete a nosotros y no tendrás problemas.

—¡Jamás! —una voz resonó justo detrás del americano, y que hizo su acto de presencia cuando entró por la puerta, derribándola con una patada.

No me dio tiempo a reaccionar. De repente, Bahar disparó contra el policía, y acto seguido este cayó al suelo, derribando con él la silla. Mientras tanto yo, impactado ante lo que acababa de hacer mi novia, grité del horror.

—Nadie podrá hundir mi sueño—dijo, mostrándome los dardos tranquilizantes.

Al instante yo reí con ella.

—Nadie.